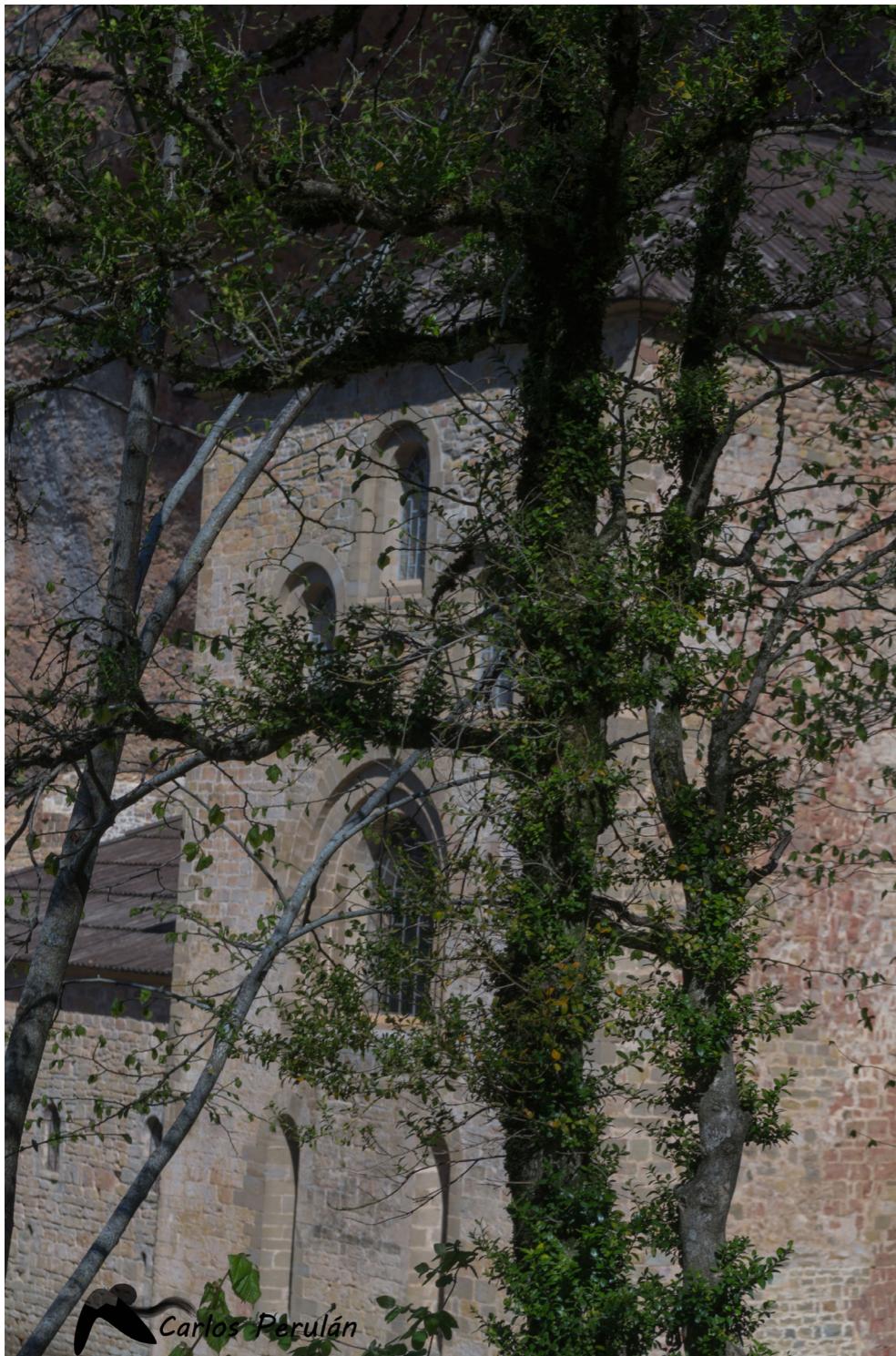


MONASTERIO de SAN JUAN de la PEÑA



PATRIMONIO CULTURAL

Enclavado en la ladera norte de la sierra del mismo nombre y constituyendo un balcón privilegiado orientado hacia las escarpadas cumbres pirenaicas, el Real Monasterio de San Juan de la Peña se ubica a unos 20 kilómetros al suroeste de Jaca, desde donde es posible acceder a través de Santa Cruz de la Serós, población de la que parte un ramal asfaltado tan curvilíneo como pintoresco que conduce a los monasterios.



Y decimos “monasterios” en plural porque, efectivamente, dos son los establecimientos monásticos que, bajo la advocación de San Juan, fueron fundados en este recóndito rincón prepirenaico: uno altomedieval al abrigo de un enorme peñón que centrará principalmente nuestra atención; y un segundo levantado unos cientos de metros más arriba entre los siglos XVII y XVIII como consecuencia del pavoroso incendio que, un 24 de febrero de 1675, asoló el monasterio bajo.

Situado igualmente a los pies del Camino de Santiago Aragonés, el Real Monasterio de San Juan de la Peña es, en la actualidad, uno de los monumentos peninsulares que más visitantes atrae tanto por su interés histórico artístico, como por la inigualable belleza de su emplazamiento y de sus paisajes circundantes.

El Monasterio de San Juan de la Peña se convirtió desde los años finales del siglo XI y durante todo el XII en una de las plazas de referencia para la monarquía aragonesa, desempeñando incluso la función de panteón real.

Tras la invasión francesa y, sobre todo, tras la Desamortización, ambos monasterios quedarían abandonados, siendo posteriormente declarados Monumento Nacional en 1923 y 1889 respectivamente, procediéndose a su restauración y adecuación para el turismo, existiendo en la actualidad un centro de interpretación, una hospedería e incluso un pequeño museo.





El Real Monasterio de San Juan de la Peña o “Monasterio Viejo”

El primer monasterio de San Juan de la Peña, conocido popularmente como “el viejo” o “el de abajo”, se acomoda al abrigo de un imponente peñón rocoso que, como a continuación observaremos, condiciona decisivamente su morfología.

El conjunto monacal queda dividido en dos niveles en altura: uno inferior en el que encontramos la primitiva iglesia mozárabe junto a la mal llamada Sala de los Concilios; y uno superior en el que, sobre el propio templo bajo, se acomoda una segunda iglesia, el panteón real, el celeberrimo claustro, así como una serie de dependencias monacales anexas.

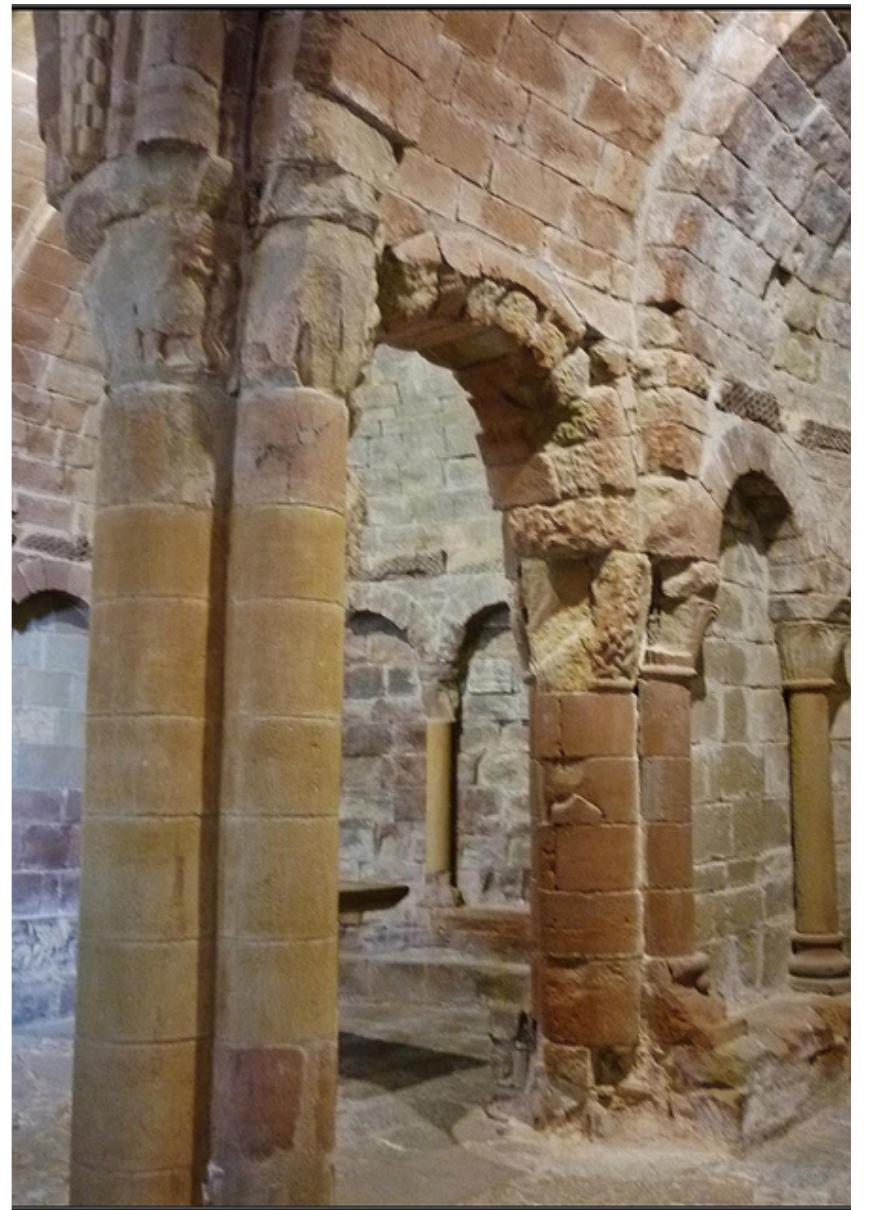


La iglesia inferior

Dedicada a los santos Julián y Basilia, la iglesia inferior del Monasterio de San Juan de la Peña es el más antiguo testimonio conservado del cenobio pinatense, remontándose su consagración a nada menos que el año 920.

Por encontrarse semiexcavada en la roca y debiendo acomodarse forzosamente a ella, presenta la particularidad de no respetar la tradicional orientación canónica de los templos cristianos peninsulares.

Consta de dos cortísimas naves separadas por dos arcadas de medio punto doveladas que descansan sobre un potente pilar central. Ambas naves, a través de otros dos arcos de medio punto, desembocan en sendos ábsides cuadrangulares de nicho central literalmente excavados en la roca viva, quedando comunicados entre sí a través de un pequeño ventanal de falsa herradura.





Sala de los Concilios

La iglesia superior

Situada justo sobre la primitiva iglesia mozárabe, la iglesia superior fue edificada en dos etapas: una primera encuadrarle cronológicamente en el reinado de Sancho el Mayor, de la que tan sólo se conserva un lienzo hacia el costado de la epístola; y una segunda que correspondería a la actual fábrica que, promovida por el rey Sancho Ramírez, fue definitivamente consagrada a finales del siglo XI, concretamente, en el año 1094.

El espacio de la iglesia superior queda definido mediante una amplia y diáfana nave de tres tramos separados por fajones de medio punto que, al alcanzar la altura de la roca, acusa un marcado ensanchamiento en el último tramo previo a la cabecera, la cual se encuentra literalmente excavada en la roca a considerable profundidad respecto a la iglesia inferior.

Consta dicha cabecera de tres ábsides de planta semicircular cubiertos con bóvedas de cuarto de esfera precedidas de brevísimos tramos rectos con bóveda de cañón, siendo ligeramente de mayor tamaño el altar central, dedicado a San Juan, respecto a los dos laterales, bajo la advocación respectivamente de San Miguel y San Clemente.

La triple cabecera, recorrida horizontalmente por una línea de imposta ajedrezada, queda articulada al interior en su registro bajo mediante arquillos ciegos de medio punto sobre columnas y capiteles de gran sencillez. Llama igualmente la atención que las dos absidiolas laterales quedan comunicadas con la central a través de angostos arquillos de medio punto sobre capiteles bastante desfigurados.

A los pies de la primitiva nave lateral izquierda mozárabe, abre un sencillo vano peraltado que en la actualidad comunica con la Sala de los Concilios pero que, originalmente, pudo cumplir la función de acceso principal al oratorio.

En una segunda fase constructiva, coincidente probablemente con el reinado de Sancho el Mayor, la primitiva iglesia mozárabe fue ampliada mediante la prolongación hacia los pies de sus dos naves, las cuales, comunicadas a través de escaleras, quedan a un nivel ligeramente inferior respecto a la cabecera.

También en tiempos del románico fue desplegado en los muros y bóvedas de la cabeceira mozárabe un amplio programa iconográfico basado en la vida y martirio de los santos Cosme y Damián. Lamentablemente este programa pictórico, cuya ejecución se atribuye a una mano próxima a la del taller del Panteón de San Isidoro de León, se encuentra muy perdido a día de hoy.

Sala de los Concilios

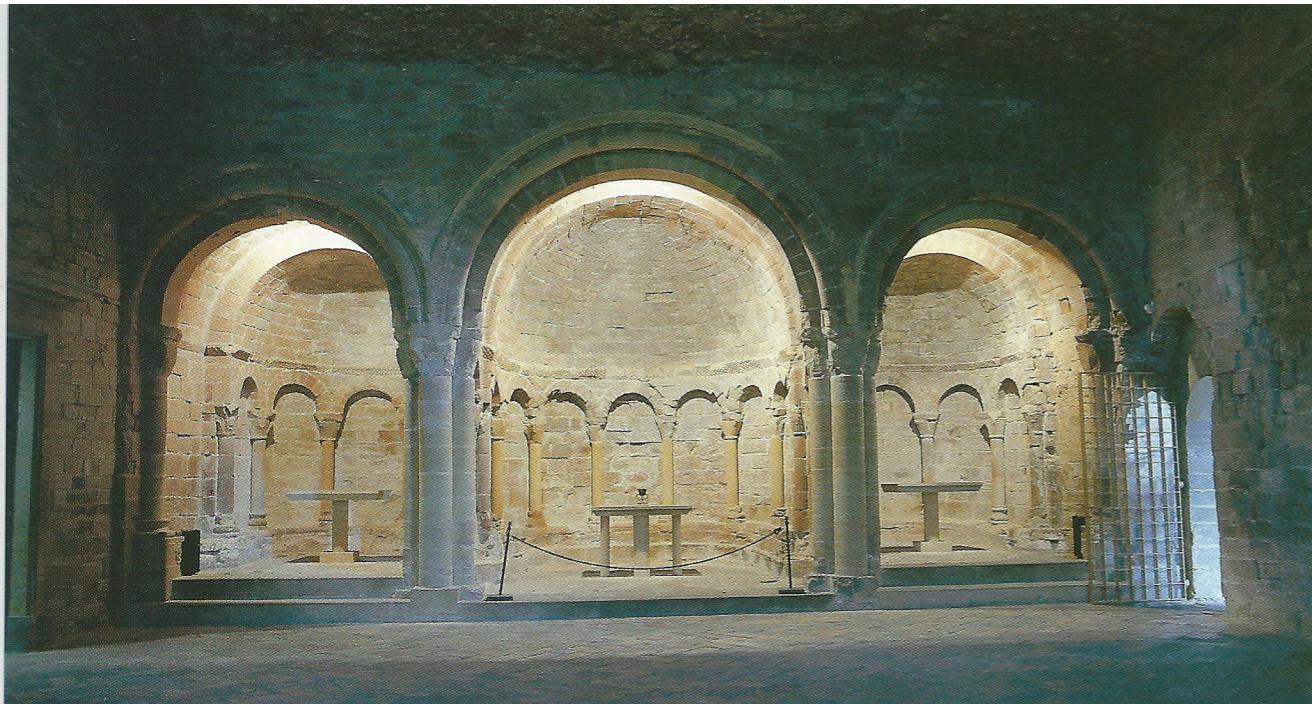
Contigua a la iglesia inferior y comunicada por el vano peraltado anteriormente descrito, se encuentra la conocida como Sala de los Concilios, una denominación basada en la errónea teoría de que fue escenario de un concilio a mediados del siglo XI.

Su construcción, contemporánea a la ampliación románica de la iglesia inferior, estaría destinada a albergar los dormitorios de los monjes, conservándose incluso horadados en la pared varios enterramientos.

La estancia, accesible también desde el exterior a través de unas escaleras, presenta una planta trapezoidal, quedando dividido el espacio interior en ocho tramos (cuatro a dos) separados por arcos rebajados y cubiertos por bóvedas independientes de cañón que van a apoyar sobre tres recios pilarones centrales de planta cruciforme.

Altar de la iglesia superior





Se trata , sin duda alguna , de una de las raíces de Aragón, por lo que no es de extrañar que cuanto concierne a su nacimiento se haya visto siempre envuelto entre relatos legendarios que narran a su manera el alumbramiento del San Juan rocoso:

<< Don Juan de Atarés era un respetado caballero cristiano que, perteneciente a un a noble y prestigiosa familia hispanogada, tenía su casa solariega en Atarés, pueblecito cercano a Jaca , donde funda mentalmente se dedicaba a la agricultura y a la ganadería Un día, a fines del siglo VII , movido por su profunda vocación religiosa, decidió renunciar a sus cuantiosos bienes y a su familia y se hizo penitente .

Se estableció en solitario Juan de Atarés en un a cueva del monte llamado Pano, en un aislado paraje de la sierra de San Juan , cerca de Jaca , donde pasaba las horas oran do. Un día, sin saber por dónde había llegado, lo fue a visitar un caballero ricamente vestido (era, en realidad el propio Lucifer disfrazado) y ambos salieron a hablar al exterior de la cueva. De pronto se oyó un gran estruendo y las piedras de la montaña comenzaron a moverse hasta formar un hermoso palacio. Mostró así Satanás a don Juan su inmenso poder y le incitó a que renunciara a Dios regresando a las cosas del siglo. Por respuesta, el anacoreta Atarés comenzó a rezar y cayó al suelo privado de sentido.

Cuando volvió en sí vio que se hallaba en presencia de un ángel y observó cómo el suntuoso palacio se venía abajo con otro gran estruendo.

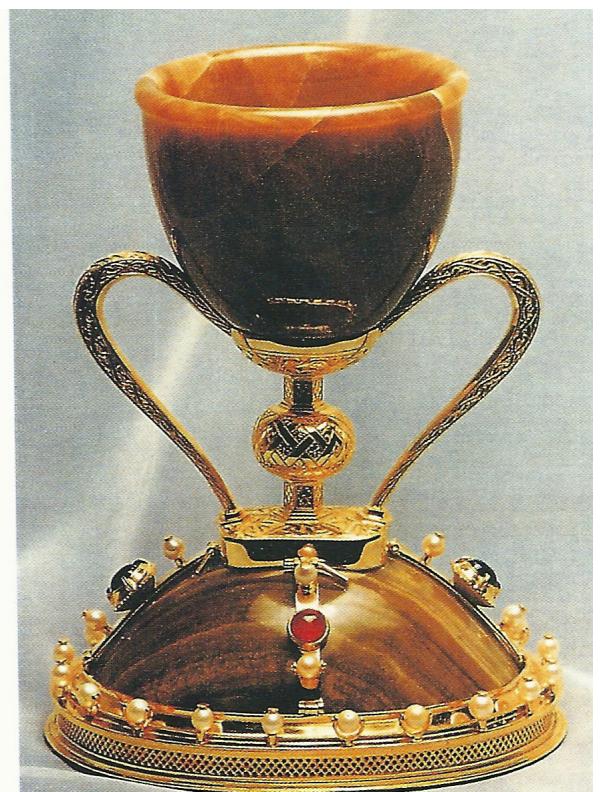
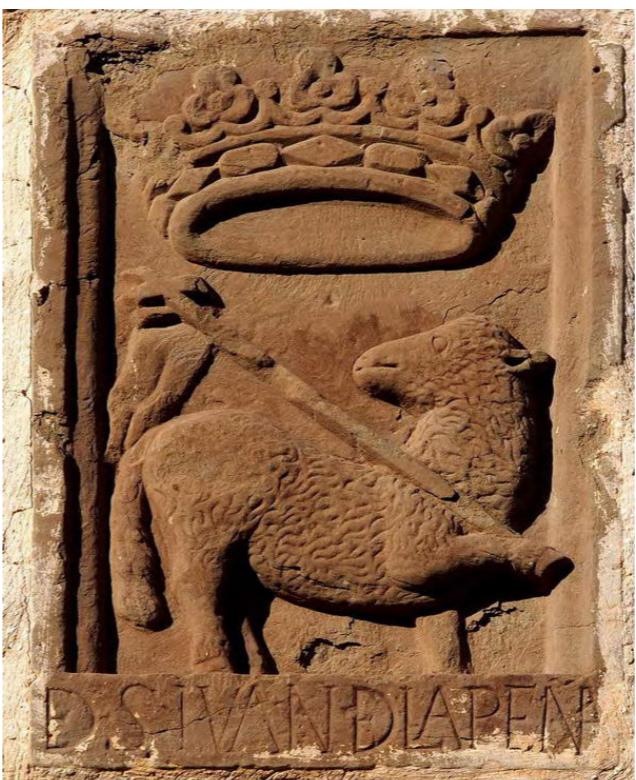
<< Ya ves lo que queda del poderío del enemigo de Dios que ha ve nido a tentarte >> le do el ángel, y le pidió que se trasladara a un a gran cueva que había en el monte Uruel y labrara allí un altar bajo la advocación de San Juan Bautista, a quien debía encomendar su vida y su alma.

Una vez que desapareció el ángel, Juan de Atarés se aprestó a cumplir la orden recibid a. Anduvo por el monte y encontró una oquedad, en cuyo fondo existía un a inmensa gruta. Preparó un pequeño habitáculo para resguardarse de la intemperie y colocó una imagen de San Juan Bautista toscamente modelad a con su propia navaja en un improvisad o altar, fundando así una iglesia en honor de San Juan , donde andando el tiempo surgiría un famoso monasterio en el que los monjes harían vida en común y de donde arrancaría -la leyenda se encargará de decírnoslo- el nacimiento del reino de Sobrarbe y del condado de Aragón » .

Importante fue, asimismo, el valor espiritual y económico de las múltiples reliquias que se custodiaron en el cenobio pinatense y que atraían a múltiples personas movidas por su devoción. Momento llegó en el que San Juan presumía de conservar los cuerpos, o algunas parte de ellos, de siete santos (Juan de Atarés, Voto, Félix, Marcelo, Benito, Indalecio y Santiago, su discípulo), un fragmento del vestido de la Virgen, dos trozos pequeños de la Cruz de Cristo, piedras del pesebre de Belén, unos corporales salvados milagrosamente del fuego, etc., Pero destacaba de todas ellas el Santo Grial, una copa que salió de San Juan hacia la Aljafería, en tiempos de Martín I, y hoy se conserva en la catedral valenciana. Varias son las leyendas que narran alguna vicisitud de tan preciada reliquia, de entre las que destacaremos la siguiente, cuyo argumento sirvió de base al libreto de una ópera de Parsifal.

<< El Grial -o el Graal , como se le conoce en Europa-, la copa en la que bebió Jesús en la última cena, fue durante muchos siglos una de las reliquias más codiciadas y buscadas. Casi todo el mundo admite que , una vez en Roma, fue San Lorenzo quien lo envió hacia Huesca y que luego -cuando llegaron los moros- peregrinó por el Pirineo hasta ir a parar a San Juan de la Peña, o sea, a Monsalvat para buena parte de los europeos. A partir de aquí nacen en Europa toda un a serie de leyendas muchas de las cuales han cristalizado en obras teatrales, literarias o musicales de fama universal, como los dramas de Wagner, Parsifal o Lohengrín.

Aragón participó de esta corriente legendaria desde el momento que llega a Monsalvat, venido de la corte del rey Arturo, el joven Parsifal, tras pasar por Huesca y Siresa en busca del Graal. Ya en Monsalvat, Parsifal estuvo a punto de ver el cáliz -aquel que quien lo veía no podía morir en un a semana al menos-, pero el abad pin aten se le obligó a que antes hiciera méritos para ello pues, de lo contrario, podría ocurrirle lo que a su tío Anfortas, hijo de Titurel , que por ser indigno cayó fulminado ante el Graal.>>



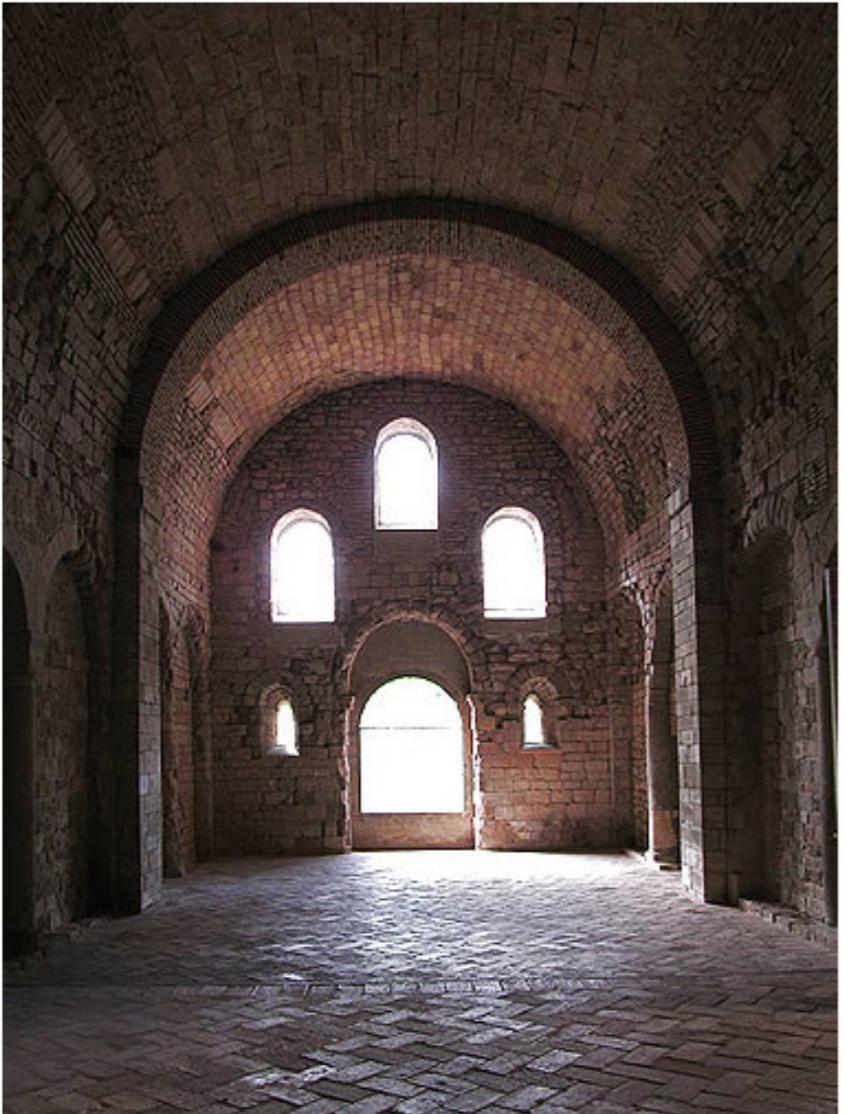
Panteón de Nobles

La iglesia superior del cenobio pinatense queda flanqueada a un lado por el inigualable claustro en el que a continuación nos detendremos, mientras que al costado opuesto se disponen tanto las antiguas dependencias monacales habilitadas hoy como museo, como la zona de enterramientos, hoy distorsionada por la adición en tiempos de Carlos III de un moderno Panteón Real.

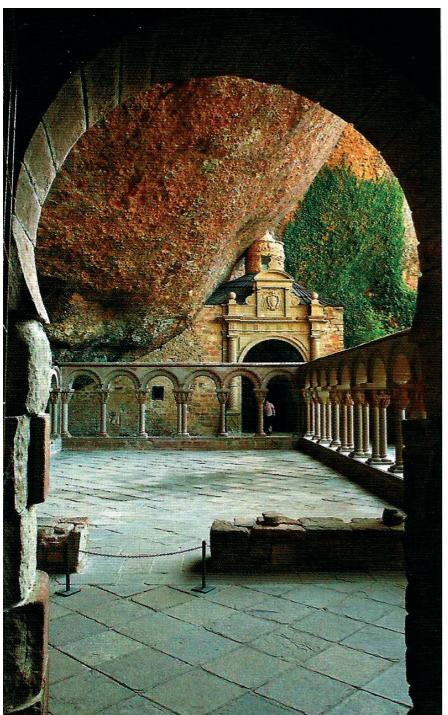
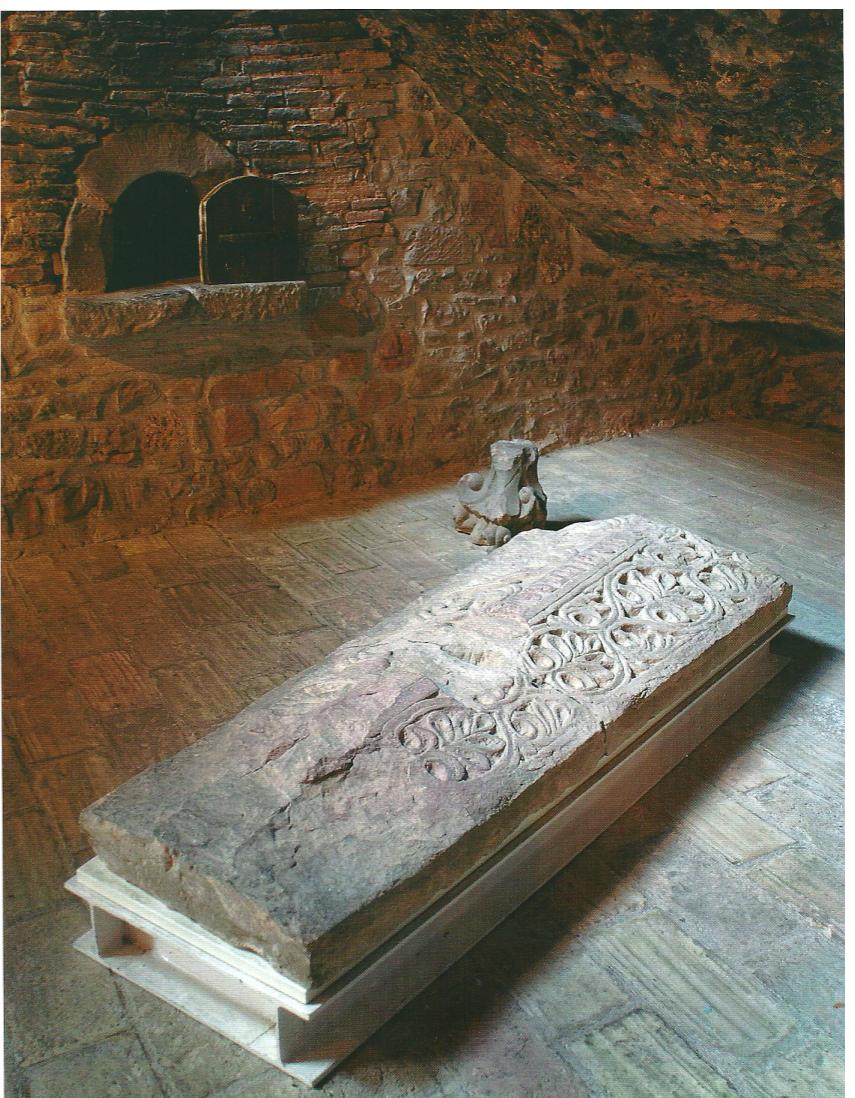
A la misma entrada del monasterio encontramos una pequeña antesala abovedada desde la que parten dos escaleras: una descendente que nos conduciría a la iglesia baja a través de la llamada Sala del Concilio; y una en ascenso que desemboca directamente en el llamado Panteón de Nobles. Esta escalera, perfectamente documentada gracias a una lápida alusiva a su construcción, dataría del año 1301, siendo mandada habilitar por el Abad Pedro de Setzera.

El Panteón de Nobles propiamente dicho no es más que un pequeño espacio al descubierto habilitado entre la iglesia, las celdas monacales convertidas hoy en museo, y el moderno panteón neoclásico, el cual, fue acomodado sobre el muro en el que se disponen los enterramientos.

Las tumbas, empotradas literalmente en el muro, se suceden bajo una cenefa ajedrezada divididas en dos registros: doce en el superior y diez en el inferior. Los veintidós enterramientos que suman en total presentan la misma disposición, quedando individualizadas mediante arcos de medio punto de roscas ajedrezadas o perladas que inscriben, a modo de pequeños tímpanos, distintos motivos decorativos. Entre el repertorio ornamental desplegado en los frentes de los nichos encontramos distintas variedades de cruces, crismones trinitarios, una rueda, blasones nobiliarios, fórmulas vegetales e incluso escenografías figurativas, destacando un grifo dentro de un clípeo, un jinete, o una representación del alma del difunto siendo elevada por ángeles.



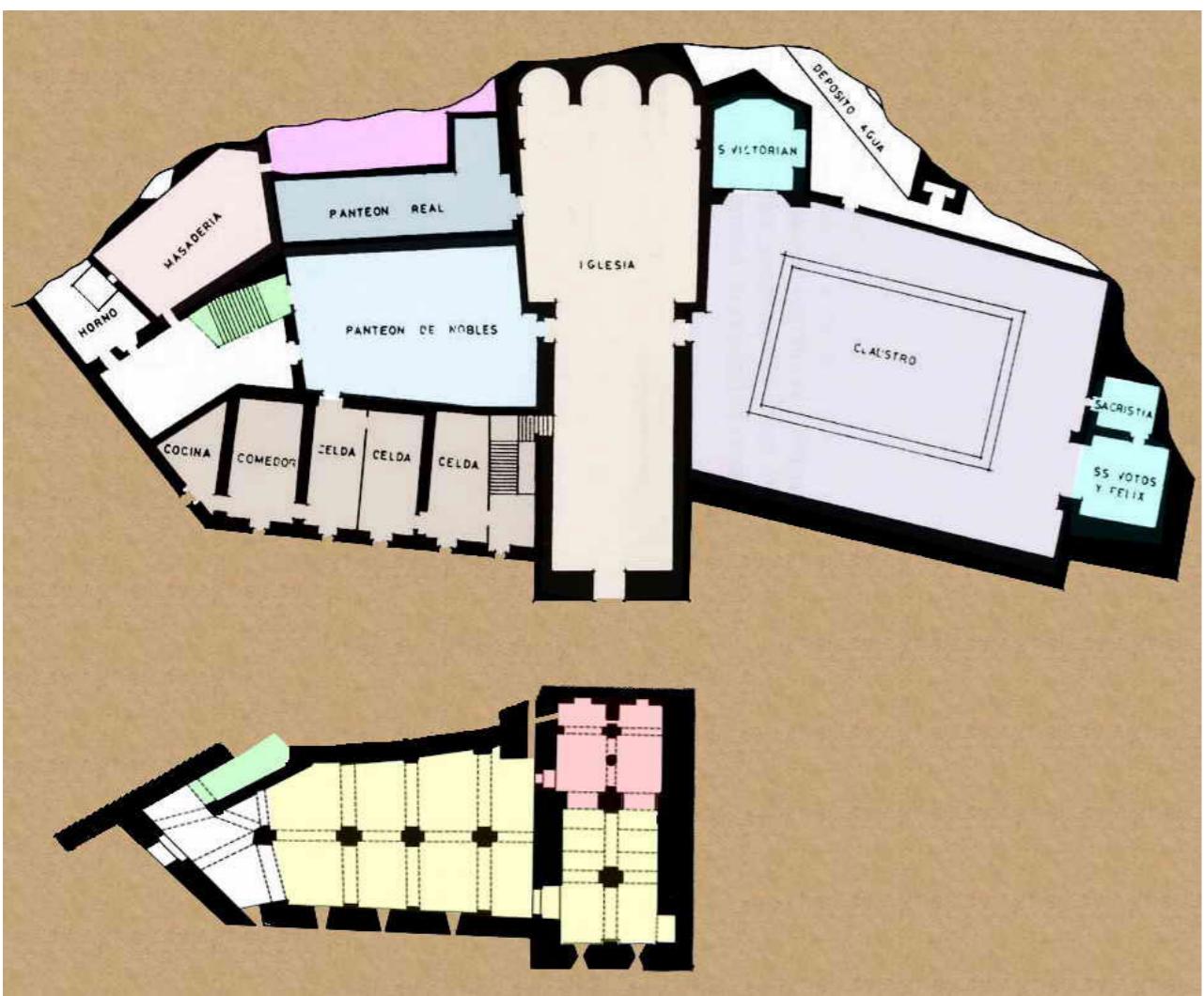
Sarcófago de San Juan

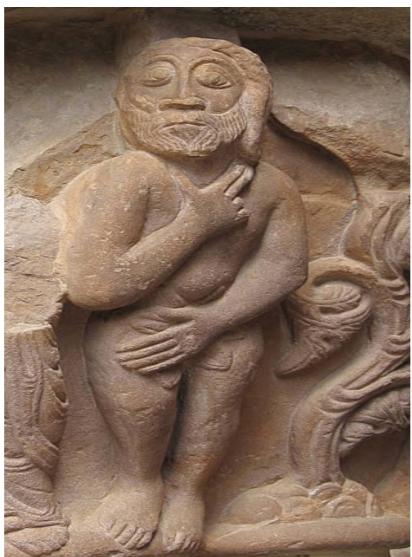




IOHANNITIUS - Reproducciones de Arte

Grabados en tumbas del panteón de nobles.





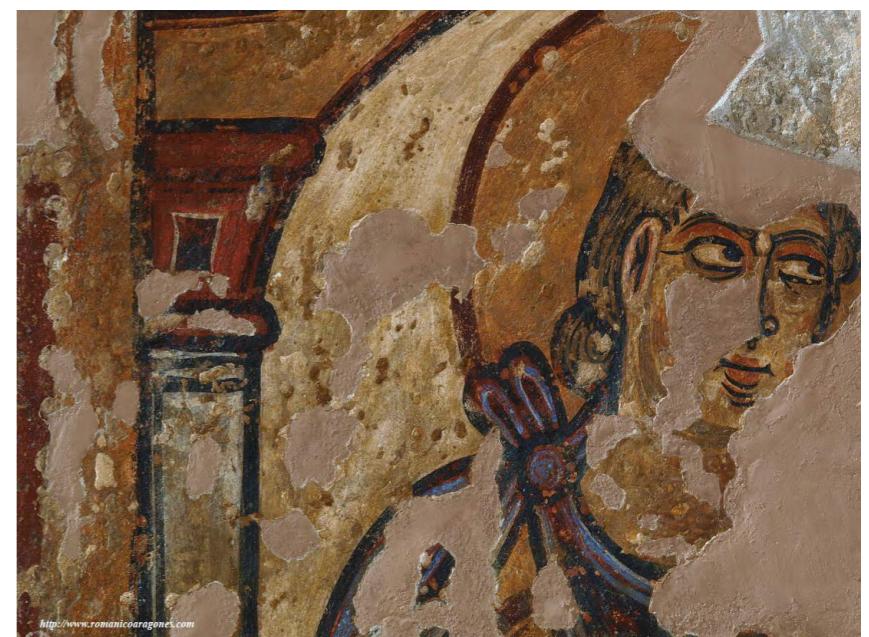
Claustro

Al costado opuesto del Panteón de Nobles, frente al muro de la epístola de la iglesia superior, fue habilitado el claustro: sin duda, es el más relevante de cuantos restos se han conservado del primitivo Monasterio de San Juan de la Peña tanto por su propio valor artístico, como por su genuina apariencia que lo convierten, por méritos propios, en una pieza única.

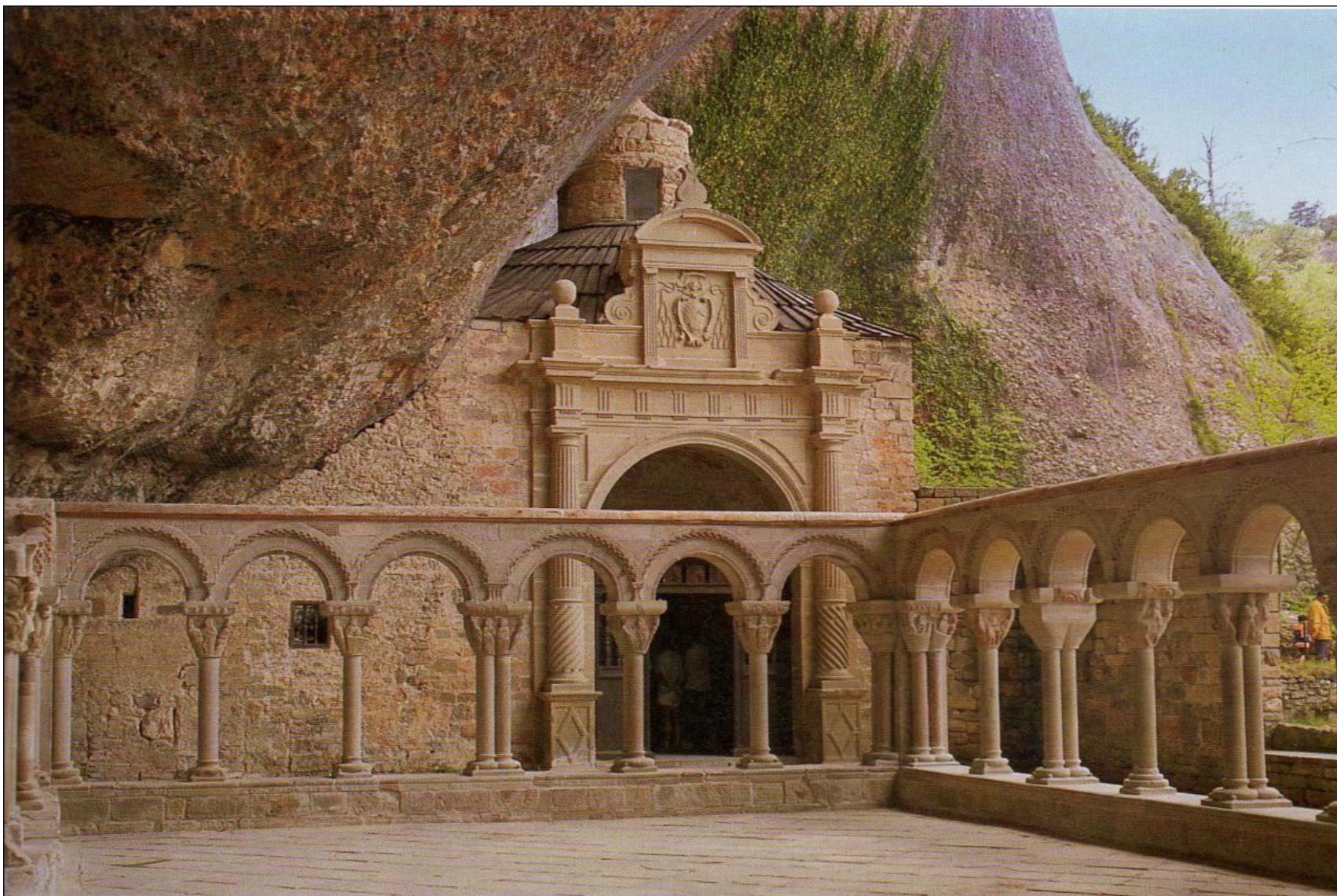
Desde la iglesia se accede al espacio claustral a través del arco de herradura anteriormente aludido y que, para la mayoría de especialistas, se trataría del acceso primitivo de la iglesia baja que, en algún momento, sería trasladado al templo superior. Llama la atención este arco por la inscripción en caracteres mozárabes que recorre toda su rosca y en la que se puede leer: "Por esta puerta se abre el camino de los cielos a los fieles + que unan la fe con el cumplimiento de los mandamientos de Dios".

En la actualidad, el claustro conserva prácticamente íntegros los lienzos Norte y Oeste, habiendo desaparecido las pandas oriental y meridional: es decir, la contigua al muro de la iglesia y la más próxima al peñón rocoso.

Otra de las razones que hacen del claustro pinatense un monumento sobresaliente es el hecho de que en sus capiteles trabajó, durante la segunda mitad del siglo XII, el celeberrimo Maestro de Agüero o de San Juan de la Peña, un artista anónimo cuya inconfundible maestría es perfectamente apreciable en diferentes edificios religiosos del norte de Aragón y de Navarra, siendo perfectamente reconocible, entre otros rasgos, por su personalísima manera de representar los ojos de los personajes: muy bulbosos y considerablemente desproporcionados.



En cuanto al programa iconográfico de los capiteles se refiere, es de suponer que el claustro en su totalidad constituiría una verdadera y completísima Biblia pétreas, sin embargo, debido a la mencionada desaparición casi total de las pandas Sur y Este, hemos de conformarnos con las escenas labradas en los capiteles de los lienzos Norte y Oeste así como con algún capitel aislado y descontextualizado aparecido en los alrededores y recolocado de manera aparentemente aleatoria.

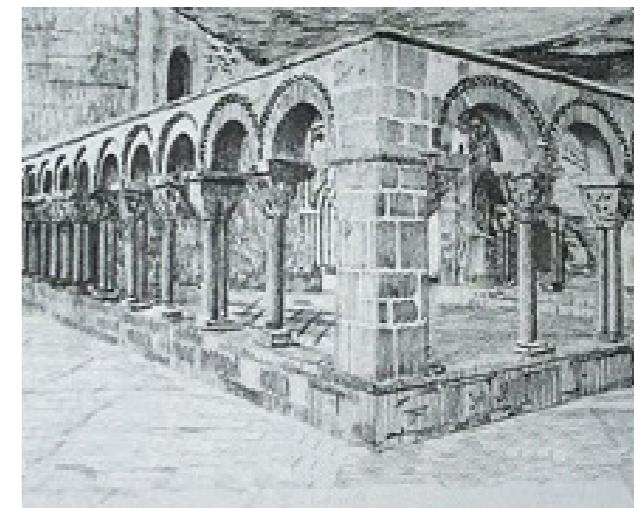


La lectura del conjunto comenzaría en el ángulo nordeste del claustro, donde fue representado el Ciclo del Génesis, siendo reconocibles las escenas de la Creación de Adán y Eva; el Pecado Original, su siguiente Expulsión del Paraíso por sucumbir a las tentaciones del demonio y, por último y como consecuencia de su pecado, la obligación de trabajar la tierra por parte de los primeros padres.

Los capiteles del lienzo occidental, es decir, del más alejado de la iglesia, disponen escenas alusivas al Ciclo de la Vida Pública de Cristo, comenzando por el episodio de las Tentaciones de Cristo en el desierto primero, la Pesca Milagrosa a continuación, así como una magnífica representación de las Bodas de Canaá.

Puerta gótica claustro





El Monasterio Nuevo

Situado unos cientos de metros más arriba del viejo monasterio de San Juan de la Peña, concretamente en la llamada Pradera de San Indalecio; el conocido como Monasterio Nuevo de San Juan de la Peña fue erigido entre la última década del siglo XVII y la primera del XVIII como consecuencia de un incendio, perfectamente documentado, que asoló y dejó inhabitable el viejo cenobio pinatense.

Consagrado en el año 1705, el Monasterio nuevo construido en ladrillo responde a los cánones propios del barroco, siendo de destacar la fachada principal de la iglesia, la cual queda enmarcada entre dos torres campanario angulares y abierta a través de tres portadas ornamentales coronadas respectivamente por las efigies pétreas de San Benito, San Indalecio y San Benito.

Tanto la iglesia como todos los equipamientos monacales anejos quedaron en el más absoluto abandono tras la Desamortización de Mendizabal, quedando parcialmente arruinado.

Entrado ya el siglo XXI, fue sometido a una profunda restauración, siendo habilitado en su interior una hospedería y un centro de interpretación que introduce al visitante en la historia del monasterio y, por consiguiente, en la historia del Reino de Aragón.

